

## EL VALOR DE LAS COSAS

- Maestro, he venido a consultaros porque me siento tan insignificante, tan poca cosa, que no tengo fuerzas para hacer nada. Me dicen que no sirvo, que no hago nada bien, que soy torpe y poco inteligente. ¿Cómo puedo conseguir que me valoren más?

El maestro miró al joven a los ojos, y le dijo:

- Cuánto lo siento muchacho, en este momento no puedo ayudarte porque debo resolver antes mi propio problema. Tal vez después... -y, haciendo una pausa, agregó- Si deseas ayudarme tú a mí, podría dejar resuelto mi asunto con más rapidez, y después quizás pueda ayudarte.

El joven titubeó al principio, sintiendo que una vez más era menospreciado, y sus necesidades eran postergadas. Aun así aceptó:

- Lo haré encantado, maestro.

El maestro se quitó un anillo que llevaba en el dedo meñique de su mano izquierda y, ofreciéndoselo al muchacho, le dijo:

- Debo vender este anillo para pagar una deuda. Ahí fuera tienes un caballo. Cabalga hasta la ciudad, ve al mercado y obtén a cambio del anillo la mayor suma posible. Pero en ningún caso aceptes menos de una moneda de oro. Y regresa lo antes que puedas con esa moneda.

El joven tomó el anillo y marchó hacia la ciudad. Apenas llegó, empezó a ofrecer el anillo a los mercaderes. Éstos le miraban con cierto interés, hasta que el joven les decía lo que pedía por el anillo. Cuando les mencionaba la moneda de oro algunos se echaban a reír, otros dejaban de prestarle atención... Tan solo un amable anciano se tomó la molestia de explicarle que una moneda de oro era algo muy valioso para entregarla a cambio de ese anillo. Con el fin de ayudarlo, alguna otra persona llegó a ofrecerle una moneda de plata y algún objeto de cobre, pero el joven rechazó la oferta, pues tenía instrucciones de no aceptar menos de una moneda de oro.

Tras ofrecer su joya a más de cien personas con las que se cruzó en el mercado, y abatido por su fracaso, montó en el caballo y regresó con el maestro. Cuánto hubiera deseado tener él mismo esa moneda de oro, para poder entregársela al maestro, resolver así su problema y poder recibir entonces el consejo y ayuda del que tan necesitado estaba.

- Lo siento mucho, maestro. No me ha sido posible conseguir lo que me pidió. Podría haber conseguido, todo lo más, dos o tres monedas de plata, pero no creo que se pueda engañar a nadie respecto del verdadero valor del anillo.

- ¡Que importante es lo que acabas de decir, joven amigo! -afirmó el maestro-. Lo primero que debemos conocer es su verdadero valor. Por favor, vuelve a montar y dirígete al joyero. Él es el más indicado para saberlo. Dile que deseo venderlo, y que te diga cuánto me daría por él. Pero, no importa lo que te ofrezca, tú no se lo vendas, y regresa aquí con mi anillo, ¿de acuerdo?.

El joven volvió a cabalgar en dirección a la ciudad. Una vez allí, visitó al joyero, que examinó detenidamente el anillo, lo miró con su lupa, lo pesó, y luego le dijo:

- Muchacho, dile al maestro que si lo quiere vender ya, no puedo ofrecerle más que sesenta monedas de oro por su anillo.

- ¡Sesenta monedas! -exclamó sorprendido el joven.

- Bueno -replicó el joyero-, ya sé que con tiempo podríamos llegar a obtener por él algo más de setenta, pero no estoy seguro... y si la venta es urgente...

El joven, emocionado, cabalgó rápido hasta la casa del maestro a contarle lo sucedido. Y el maestro, después de escucharle, y volviendo a colocar el anillo en el dedo meñique de su mano izquierda, le dijo:

- Por favor, siéntate y escucha; quiero decirte algo, hijo. Tú eres igual que este anillo: una joya muy valiosa, una pieza única. Y como tal, sólo puede valorarte verdaderamente un experto. No debes ir por la vida pretendiendo que cualquiera descubra tu verdadero valor.